

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año V
Núm. 215

25 cts.

Protagonistas
Luisa Ruiz Romero
Juan Orduña y
Pedro Elviro (Pitouto)

LA CHAVALA

Con el presente número se regala un retrato de GRETA GARBO



REY, Florian

Novela Popular

Cinematográfica

La Chavala (1925)

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, inspirada en la zarzuela de igual nombre original de D. José López Silva y D. Carlos Fernández Shaw.

PROTAGONISTAS:

Luisa Ruiz Romero, Juanito Orduña, Pedro Elviro
"Pitouto", Pepe Moncayo, Florian Rey y
María Luz Callejo



Exclusiva LEMIC, S. A.

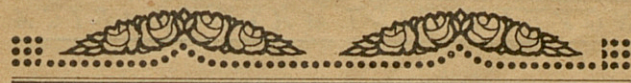
Mallorca, 232

BARCELONA



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



PRIMERA PARTE

Como de un hormiguero, del que salen sus moradores para aprovisionarse del sustento, así del inmenso edificio que ocupaba la Fabrica de Tabacos, salían a aquella hora de la tarde una infinidad de mujeres, en cuyos rostros, marchitos la mayor parte de ellos por lo insano del trabajo, se reflejaba el cansancio producido por la larga jornada de todo un día de penosa labor.

Entre gritos y carcajadas, que querían ser de alegría, para ocultar el dolor de su vida, fueron saliendo todas las obreras, y últimamente, como rehu-

yendo de aquel tumulto, apareció en la puerta de la gran colmena, acompañada de su compañera de "tarea", una hermosa muchacha, llamada Pilar. Alta, esbelta, morena, de ese color que sólo sabe dar a las mujeres el sol bendito de Andalucía, de facciones perfectas y de cuerpo escultural, que se cimbreaba graciosamente al andar, con la fragilidad de una palmera africana, Pilar era el orgullo de las cigarreñas madrileñas.

Al recibir sobre su rostro las caricias del aire de la calle quiso cerciorarse, una vez más, con ese deseo tan innato en toda mujer, de parecer hermosa, de que los negros rizos que adornaban su frente se hallaban en perfecto estado, y para ello sacó el diminuto espejito que guardaba en su bolso. Al hacerlo, cayó aquél al suelo, haciéndose añicos, y su amiga exclamó, con esa superstición tan corriente en esta clase de seres:

—¡Mala suerte, Pilar! ¡Procura salir con el pie derecho!

—¡Qué chiquilla eres!—repuso Pilar, riéndose de la superstición de su amiga. Pero, no obstante, por si acaso, siguió el consejo de su compañera y se despidió de ella, emprendiendo el camino de su casa; una casita limpia, llena de luz y alegría, que le recordaba la otra donde nació, allá en Sevilla.

Durante el trayecto, los hombres se volvían a mi-

larla y raro era el que no encontraba una frase pronta y lisonjera con que expresarla su admiración.

Pilar, acostumbrada a oír todos los días lo mismo, seguía su camino, sin fijarse en ninguno de los espontáneos galanteadores, hasta que entró en su



calle y tropezó con un grupo de tres hombres, que hablaban animadamente. Se apartaron para dejarla paso, y uno de ellos, se acercó a la muchacha y deslizó en sus oídos un piropo ingenioso, que hizo sonreír a la joven y levantar la vista hacia él.

—¡Vaya una sonrisa y una miradita que te ha echao, Román!—exclamó uno de sus amigos. Y el aludido, novillero de profesión, que, mejor que a los toros, sabía torear a las buenas hembras, no quiso desaprovechar la ocasión que le brindaba la sonrisa de una mujer hermosa y la siguió, hasta que entró en su casa.

Lo primero que hizo Pilar, tan pronto como besó a su madre, fué salir a la reja, para asegurarse si estaba allí el buen mozo que la había seguido. En efecto allí estaba Román, que, al ver abrir la reja, se acercó a ella diciendo:

—Perdone usted, prenda; me habían dicho que vivía aquí la Virgen de la Paloma y traía un *recao* para ella.

Y al notar que la muchacha hacía ademán de retirarse, la detuvo cariñosamente por la mano, a la vez que le decía:

—Un momento Pilar...

—¿Cómo sabe usted mi nombre?—preguntó extrañada.

—Adivino que soy—repuso el torerillo—. Como sé también que le hago un poquito de gracia y que...

—¿Qué más?—le interrumpió Pilar riéndose, ganada ya por la simpatía de Román, que continuó diciéndole:

—Que mi nombre es Román García; que soy matador de toros; y que esta noche a las once me es-

perará usted en la reja, para que yo le cuente un cuentecito que le va a saber a gloria del cielo.

—¡Niña!—gritó desde dentro la madre de Pilar, y ésta, al oír la llamada, cerró apresuradamente la reja diciendo:

—Hasta las once.

Durante tres noches, la reja de Pilar fué testigo mudo de las frases ardientes de Román, llenas de promesas y esperanza, que sonaban deliciosamente en los oídos inocentes de la muchacha, hasta que una noche, a la hora de separarse, le dijo Román.

—Bueno niña, mañana me voy a Sevilla y estaré allí unos días.

Se borró la sonrisa de los preciosos labios de la joven y su rostro adquirió un aire de infinita tristeza, que su novio se apresuró a disipar diciéndole:

—Tu no te apures. Yo te prometo que vuelvo, y lo que promete Román García se cumple...

Respiró la muchacha, tranquilizada por aquellas palabras y él, acercándose más a la reja, le volvió a decir.

—Pero... ¿vas a dejarme marchar así? Dame un beso siquiera.

—No, Román—exclamó la joven, separándose—. Cuando vuelvas.

—Está bien—contestó él, conformándose—. Cuando vuelva vendré por la promesa.

SEGUNDA PARTE

Cerca de la casa de Pilar vivía el tío Céfiro, gitano de buena calidad. Sabía ser honrado, cuando convenía, y dejaba de serlo, cuando llegaba una buena ocasión. Huérfano de familia, todo su cariño lo había puesto en su sobrina Concha "La Chavala", como le decían en todo el barrio; una preciosa gitanilla de diez y seis primaveras, que vivía con él desde chiquilla.

Claro está que, como buen gitano, tenía otro gran afecto, el que profesaba a su "Primoroso", un escualido jumento, tan viejo casi como su dueño.

La Chavala, con sus risas, con sus canciones y con el franco optimismo de su juventud, plétorica de vida, era la alegría de la casa y la felicidad del tío Céfiro.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo, la Chavala había dejado de ser el alegre pajarillo que llenaba con sus trinos todos los rincones de la casa, y este cambio no pasó inadvertido para Andrés, un amigo de la infancia, convertido, por obra de los años, en un hombrecito cabal, a quien más de una muchacha le habría entregado, sin reserva alguna, todo su cariño.

Una mañana se levantó Concha, y al ver, desde la ventana de su cuarto, a su tío y a Andrés que hablaban en el patio de la casa, salió presurosa para escuchar la conversación.

Sin saber por qué, un presentimiento le decía que hablaban de ella. Procurando no ser vista, se colocó detrás de ellos y oyó a Andrés que decía:

—¿No le parece a usted, tío Céfiro, que de poco tiempo a esta parte está muy desmejorada la Chavala? ¿Sabe si le ocurre algo?

—¡Qué le ha de ocurrir!—respondió el anciano—. La edad, hijo, la edad; que el capullito se va volviendo rosa, y ya necesita un mocito como tú, pongo por caso, que le diga cariños al oído.

—Yo, tío Céfiro, quiero mucho a la Chavala—contestó Andrés—. No sabe usted cuánto la quiero,

pero de ahí a que yo la enamore, hay mucha distancia. Yo la quiero como a una hermana, y mi alegría mayor sería que encontrase un hombre honrado que la quisiera con buen fin.

La Chavala que, al oír las primeras palabras, tuvo que llevarse las manos al pecho, para detener los latidos de su corazón enamorado, al escuchar las últimas frases de Andrés, ahogó un grito de dolor, al ver derrumbados para siempre sus sueños de amor.

Ella amaba a Andrés con todas las fuerzas de su alma, con esa fuerza avasalladora y capaz de todo, como únicamente saben querer las mujeres de su raza. Procurando disimular su dolor, salió de su escondite, sonriéndole a Andrés, que se despidió de ella, acariciándola fraternalmente.

En la puerta, tropezó el muchacho con Pilar, que entraba en aquel momento, y, fascinado por su belleza, volvió a entrar en la casa, justificando su vuelta, diciéndole al tío Céfiro,

—Se me ha alvidado decirle, que mi maestro quiere hablar con usted.

El abuelo sonrió, comprendiendo la excusa del muchacho, y se volvió a escuchar a Pilar, que se despedía de Concha diciendo:

—Puesto que no me acompañas, me voy.

—Si usted no tiene inconveniente, yo la acompaño a donde usted vaya—intervino Andrés, ofreciéndose galantemente.

—Acéptalo, Pilar—exclamó el tío Céfiro—. Mejor compañía no la vas a encontrar, aunque la busques con un candil.

Pilar se quedó mirando el rostro aninado del joven, rebosante de infantil simpatía y terminó por aceptar su ofrecimiento.

Durante el trayecto, la charla ingénua e inocente de Andrés, hizo latir el corazón de Pilar a impulso de un sentimiento hasta entonces desconocido para ella y al ir a separarse, ante la insistencia del muchacho, le otorgó una cita para aquella noche en su reja.

TERCERA PARTE

La *señá* Recareda, prestamista a ratos y gallinera casi todo el día, era una cuarento fresca y

de buen ver y la de más partido entre todas las vendedoras del mercado.

El tío Céfiro le había puesto los puntos y se pasaba las horas enteras contemplando a su vecina, que se reía a más no poder de las pretensiones amorosas del viejo.

El rival más temible que éste tenía era Cascajares, un asistente que llegaba a tiempo a todas partes, y, sobre todo, para quemar la sangre al tío Céfiro.

Contoneándose más que un torero de postín se acercó Cascajares al puesto de la *señá* Recareda y le dijo:

—¿Hay una escogida gallineja *pa* un escogido militar *vestío* de paisano?

—Toma la que quieras y así te llevaras la que más te guste—repuso la vendedora.

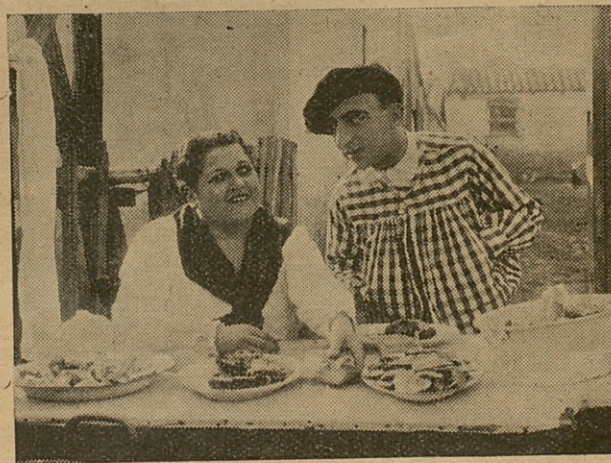
—Ya sé yo hace tiempo cual es la que más me gusta—contestó intencionadamente el asistente, mientras que alargaba la mano para recoger la gallineja, a la vez que disimuladamente rozaba el brazo de la *señá* Recareda, que, comprendiendo las intenciones del comprador le dió una bofetada que le hizo rodar por el suelo.

Se levantó el muchacho llevándose la mano a la parte ofendida y preguntó, echando la cosa a broma:

—¿Vale algo la torta?

—Por la mañana se dan gratis—le contestó la gallinejera.

—Pues... entonces hasta la tarde; porque lo que es por las mañanas no vuelvo yo a aparecer por aquí —acabó diciendo Cascajares, alejándose del puesto,

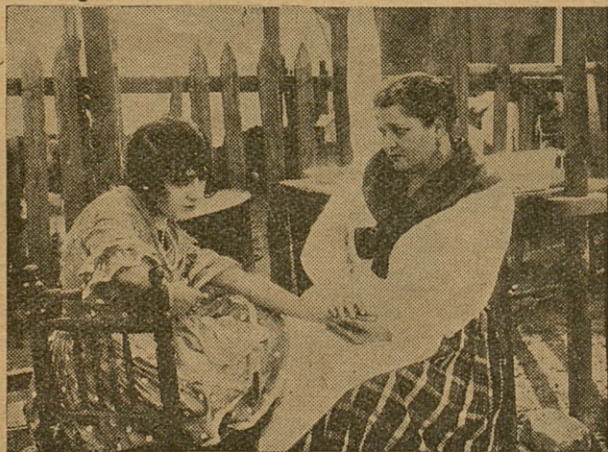


mientras que el tío Céfiro, que había presenciado toda la escena, se reía del fracaso de su rival.

La Chavala, sin madre a quien confiarle sus penas, encontró en la *señá* Recareda un alma amiga a quien contarle el secreto de su corazón y sus temores de que Andrés y Pilar fueran novios.

—Pero... ¿estás segura de que son novios? — le preguntó la buena mujer, cuando la inocente chiquilla le refirió la amistad de los dos jóvenes.

—Yo no sé si se serán o no serán novios—repuso llorando la muchacha—de lo que si estoy segura es



de que se quieren.

—Y a tí, ¿te había hablado alguna vez de cariño? —volvió a preguntar la vendedora.

—Yo no entiendo de eso, *señá*. Recareda. Yo sólo sé que le creía tan mío, que me parece mentira lo que está pasando.

Y la Chavala fué refiriendo uno a uno todos los detalles de sus años de niña, pasados al lado de Andrés, hasta que llegó a comprender que el afecto que por él sentía era un amor capaz de los mayores sacrificios.

No se había equivocado la Chavala en sus suposiciones. Desde la primera noche que habían hablado en la reja Andrés y Pilar se habían hecho novios, olvidando ella la promesa hecha al ausente.

Pasaron los días, se extinguió en Pilar el recuerdo de Román y se entregó a su nuevo cariño con toda la fuerza de su alma.

Todos los días acudía Andrés a la salida de la fábrica, y la Chavala, que los veía ir unidos del brazo, ajenos a todo lo que no fuera la inmensa felicidad que unía sus corazones, sentía como nunca toda la desdicha que desgarraba su alma, por la tortura de los celos.

Para los felices las horas transcurren con demasiada rapidez y Pilar, embriagada en su dicha, no se daba cuenta del tiempo que pasaba, hasta que una noche, llamaron a la reja y al salir, creyéndose encontrar con Andrés, vió ante ella a Román, que al advertir el gesto de espanto de su novia le preguntó sonriendo:

—¿No me esperabas, chiquilla?

La inesperada aparición de Román produjo tal asombro en la muchacha, que por unos momentos

no supo que decir, y él, interpretando aquel silencio por la alegría producida por su vuelta, volvió a decirle en son de broma:

—¿Pero tan feo soy, qué asusto? Acércate más y mírame como antes, chiquilla.

—Es que así... tan pronto...—balbuceó ella.

—¿Recuerdas lo que me prometiste antes de marchar?... Pues aquí estoy para que me des lo ofrecido.

—Mira, Román—pudo al fin decir Pilar—olvida todo lo que ha habido entre nosotros... Aquello no fué más que la ilusión de unos días... un buen sueño que se disipó al despertar... Yo quiero a otro hombre y lo quiero con toda mi alma.

—¿Y tu crees que se puede jugar con el corazón de un hombre, como tu lo has hecho con el mío? ¡No serás mía, pero te juro que tampoco serás de nadie!

Desde aquel instante, la vida de Pilar fué un continuo martirio, y su tristeza no pasó desapercibida para Andrés, que al verla al día siguiente le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Pilar? ¿Estás mala?

—Mira, Andrés—exclamó ella fijando en él sus hermosos ojos en los que brillaba todo el cariño que sentía su alma—. ¡Yo te quiero mucho, te lo juro! Yo te suplico que oigas lo que oigas y digan lo que

digan de mi, piensa siempre que eres el único cariño de mi vida.

—¿Por qué me dices eso, chiquilla?—le preguntó él, extrañado.

—¡No me preguntes más!—le suplicó Pilar—. Si me quieres confórmate con saber esto; que soy una mujer honrada y que te quiero con toda mi alma.

No tenía motivos Andrés para desconfiar de las palabras de su novia, y dando por suficiente aquella explicación, apretó contra él el brazo de la joven, como queriendo protegerla de aquel peligro que ella temía y que él no podía explicarse.

CUARTA PARTE

Los días iban transcurriendo sin que ningún incidente viniera a alterar el amoroso idilio y, sin embargo, Pilar no podía olvidar la amenaza de Román.

Todos los días, al salir de la fábrica, temía encon-

trarse con él y que los dos hombres llegasen a las manos. Por un lado, estaba segura de que el amor propio del torero no podía quedar satisfecho con la explicación que le diera en la reja y, por otro, conocía que el amor que por ella sentía Andrés era lo suficientemente grande, para exponer una y mil veces la vida, antes que dejárselo arrebatar.

La Chavala, entre tanto, sufría en silencio toda la amargura que le producía la indiferencia del hombre amado y todas las tardes espiaba a la feliz pareja, hasta que los veía separarse.

Una tarde esperaba la salida de Pilar, cuando vio que un hombre se acercaba a ella y le decía:

—¿Creías que iba a conformarme con lo de la otra noche?

Pilar intentó desasirse de la mano de Román, que la tenía sujeta por la muñeca y le suplicó angustiosamente.

—¡Por lo que más quieras, déjame! ¡Te lo pido, si quieres, de rodillas!

—Pero, ¿qué te figurabas, tonta?—repuso Román, reteniéndola—. ¿Te habías creído que un hombre con guapeza y con agallas, iba a dejarse que le refrieguen la cara?

La Chavala no quiso oír más. Presintió un peligro y corrió en busca de Andrés, para evitar que pudiera encontrarse con aquel hombre.

Echó a correr en dirección del lugar en donde estaba segura de encontrarlo, y en el camino tropezó con Cascajares, que, dispuesto siempre a pasar un rato de broma, intentó detenerla. De un empujón se libró de él y continuó su carrera, hasta que vio a Andrés, a quien le dijo, medio ahogada por la fatiga y por el dolor que le producía el causarle una pena al hombre por quien hubiera dado sin vacilar su vida, si hubiera sido necesario.

—¿Sabes dónde está Pilar?

—En el trabajo—contestó Andrés tranquilamente.

—Te equivocas Andrés. Esa mujer no es digna de ti. No pienses más en ella, está jugando con tu cariño y con tu honra.

—Pero, ¿Tú sabes lo que estás diciendo?—exclamó él, sorprendido e indignado por las palabras de la muchacha, que volvió a decirle.

—Sí, lo repito y lo pruebo. ¡Qué me maldiga mi madre, desde el Cielo, si miento!

Andrés, fuera de sí, sin pensar en otra cosa que en su cariño y atrofiado su cerebro por los celos que en él había hecho nacer la Chavala, la arrojó fuera de sí amenazándola.

—¡Voy a buscarla ahora mismo! ¡Hay de ti si has mentido!

Pero cuando llegó a la fábrica ya era tarde; todas las obreras habían salido y tuvo que esperar a la no-

che, para que Pilar pudiera descifrarle lo que la Chavala acababa de decirle.

La "Buena Sombra" era uno de los antiguos y típicos cafés cantantes, donde se rendía culto al cante *jondo*, en el cual ponía cátedra de flamenco el tío Céforo y actuaba como "estrella" la Chavala.

Román García era el punto fuerte del café y la Chavala, que esperaba impaciente su llegada, al verlo entrar se acercó a él y le preguntó, a la vez que fingía acariciarle.

—¿Te la digo, precioso?

La característica de Román era el tirar cuanto dinero caía en sus manos y sin la menor resistencia se puso un duro en la palma de la mano, entregándose-la a la gitanilla, que comenzó a decir:

—Tu quieres a una morena que al mismo tiempo que juega con tu cariño, juega con el de otro que es más honrao y más cabal que tu.

Las palabras de la gitana intrigan grandemente a Andrés que le preguntó.

—Y tu que lo adivinas todo. ¿No puedes decirme en dónde puedo encontrar a ese otro?

—A *ese otro*...—repuso la Chavala irónicamente, sin que el torero se diera cuenta de la intención con que hablaba—hay un angelito que le protege.

—¡Eso me importa poco!—respondió sócamente Román—. ¡Lo único que quiero saber es dónde podré encontrarlo!

—Averígualo, precioso, y basta ya, porque se ha acabado el duro...—contestó la muchacha alejándose y llevándose la moneda.

Al día siguiente la Chavala, decidida a que su Andrés no continuase siendo el juguete de su rival, se presentó en casa de Pilar y le recriminó su conducta diciéndole:

—¿Sabes que por causa tuya van a perderse dos hombres?

Pilar no pudo contenerse y echándose en los brazos de su amiga lloró sobre su pecho todo el dolor que atenazaba su corazón. Le contó el origen de su desgracia, el conocimiento con Román, su promesa, las constantes amenazas del torero y el gran amor que profesaba a Andrés.

—¿Y por qué no se lo has contado todo a Andrés?—le preguntó la gitanilla.

—Temía por él—terminó diciendo Pilar—Román es más fuerte. Tenía un miedo horrible a que cada uno de ellos conociese la existencia del otro y llegaran a encontrarse.

Mujer, al fin, comprendió la Chavala el dolor de su amiga y aquella misma tarde buscó a Andrés y le dijo:

—Perdóname, Andrés. Todo lo que ayer te dije es mentira. No puedo decirte por qué, pero mentí cobardemente.

Y el cariño fraternal que sentía por la muchacha le hizo perdonar la ofensa. La atrajo hacia él y la besó en la frente. Era un beso puro, casto, era el beso cariñoso de un hermano...

Mientras tanto, se había presentado Román en casa de Pilar y ésta, al oír abrirse la puerta, preguntó, sin abandonar su trabajo:

—¿Eres tú, Andrés?

Pero al volverse y ver ante ella a su antiguo novio, un grito de espanto se escapó de su pecho, y Román exclamó burlonamente:

—No tengas miedo, mujer. No vengo a hacerte daño; vengo por el que me ha robado tu cariño. Ya me has dicho su nombre, ahora dime dónde puedo encontrarlo.

En aquel instante, se oyeron pasos en la calle y la voz de Andrés que la llamaba desde fuera.

Román, al oír la voz de su rival, avanzó hacia la puerta, pero Pilar, tomando de la mesa un cuchillo se interpusó y le amenazó diciéndole:

—¡Si hablas o pretendes pasar te parto el corazón!

—¿Serías capaz de matarme?—preguntó Román, deteniéndose, al ver la decisión que expresaba la mirada de ella.

—¡Inténtalo y verás de lo que soy capaz, por salvarlo!—respondió la muchacha con firmeza.

Andrés llegó hasta la puerta, llamó dos o tres veces, y, en vista de que no obtenía contestación, se

marchó, creyendo que Pilar había salido ya para el trabajo.

Al oír Román los pasos del que se alejaba, se arrojó sobre la joven y salió a la calle, mientras que ella caía de rodillas ante una imagen de la Virgen rogando:

—¡Virgencita mía, que no se encuentren!

Y una vez más la Virgen supo oír la plegaria de un alma enamorada.

QUINTA PARTE

El único cariño de la Chavala era Joselito,, su hermanito, recogido, como ella, en caridad por su tío Céfiro.

Acababa aquella noche de acostar al chiquillo, cuando se presentó su tío diciéndole:

—¡Vamos, niña! ¡Ya es hora de que estemos en el café!

Un inexplicable presentimiento le decía que aquella noche iba a ocurrir algo grave, y una fuerza misteriosa la impulsaba a no salir de su casa.

Haciendo eco a sus temores le contestó a su tío:

—¡Esta noche no voy!

—¿Por qué?—le preguntó el viejo, sin poderse explicar el motivo de aquella negativa.

—Por ná, pero no voy—volvió a decir la chiquilla.

—¿Pero tu te crees que eso es posible? ¡Ahora mismo te vienes conmigo!

Y uniendo la acción a la palabra se la llevó casi a rastras hasta el café.

Sentado en una de las mesas vió la Chavala a Román y a varios amigos suyos que le decían:

—Amigo, por esta vez te han ganado la partida.

—¿A mí?... ¿Quién?—preguntó el torero, revolviéndose en su asiento.

—No pude verle la cara, pero me pareció un buen mozo—le respondió el amigo—. Si quieres verle, todas las noches a las once puedes encontrarle en la reja.

Toda esta conversación la había oído la Chavala, y quiso evitar el encuentro de Andrés y Román, distrayendo a este último con zalamerías.

Se acercó a él, que intentaba marcharse, y le obligó a sentarse de nuevo diciéndole:

—¡Voy a cantarte una canción que es toda el alma de nuestra tierra! ¡No te vayas, chiquito mío, que voy a llevarte a Sevilla con el pensamiento!

Subió al tablado y lanzó al aire las notas quejumbrosas de una canción que aprendió en su niñez; una canción llena de amores, celos e infortunios.

Aguardó Román a que la muchacha terminase de cantar e inmediatamente salió del café, en busca de su rival.

Cuando llegó a la reja de Pilar la encontró cerrada y llamó decidido a esperar la llegada de Andrés. Casi al mismo tiempo apareció éste y, al ver a otro hombre en la reja de su novia, se llevó instintivamente las manos al bolsillo y sus dedos tropezaron con la navaja.

Los dos hombre se miraron frente a frente antes de atacarse, como temiendo el choque mortal que se preparaba. Esta indecisión sólo duró unos segun-

dos y después, en el silencio de la calle, se oía el jadear de dos seres que se buscaban el corazón con la punta de sus navajas.

Pilar y la Chavala, que había seguido al torero, presenciaban aterrorizadas aquella lucha feroz, y llegó un momento en que el corazón de la gitanilla no pudo resistir más la rudeza de la escena, se nublaron sus ojos, flojearon sus piernas y cayó sin sentido.

Mas tarde, con la angustia en el alma y atenazándole el pensamiento una duda cruel, volvió a su casa, sin saber quién había caído en la lucha.

Se acercó al camastro, donde dormía José, y como queriendo huir de su propia fatalidad, huyó con su hermano de la casa de su tío, comenzando para las dos criaturas la terrible lucha contra el hambre y el frío.

* * *

Pasó el tiempo, pero ningún sufrimiento tenía fuerza bastante para alejar de la imaginación de la Chavala la terrible duda. ¿Cuál de los dos cayó en la lucha?

Por fin, un día encontró a una antigua amiga que le dijo:

—¡Hola, Chavala! ¿Sabes que mañana se casa Pilar?

—¿Con quién? — preguntó ansiosamente la muchacha.

—No sé, pero dicen que con un buen mozo—respondió la amiga.

Acurrucada en el quicio de una puerta, con su hermanito en los brazos, no pudo la Chavala dormir en toda la noche.

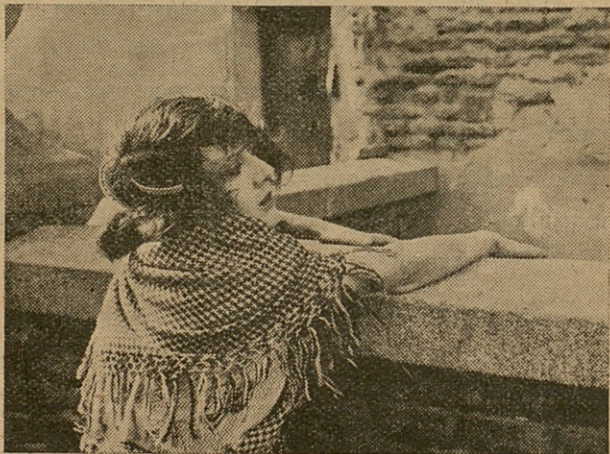
Al día siguiente, muy de mañana, se colocó frente a la típica iglesia de la Virgen del Puerto, para ver desde allí la boda.

Una duda cruel atormentaba el pecho de la infeliz chiquilla. ¿Con cuál de los dos se uniría para siempre aquella mujer?

Inconscientes para ella fueron pasando las horas, hasta que empezaron a llegar los invitados. De pron-

NOVELA CINEMATOGRAFICA

to, en la puerta de la iglesia, aparecieron los novios, y la Chavala dió un grito de alegría. Era él, Andrés, el hombre de sus sueños infantiles.



Quiso levantarse, para correr hacia él, pero, al hacerlo, sus piernas se negaron a sostenerla y rodó por el suelo. Había sido su último esfuerzo.

LA CHAVALA

Y mientras los novios disfrutaban la dicha de su amor, aquella pobre vida se extinguía como una lucécita sin calor de hogar y sin cariño de nadie.

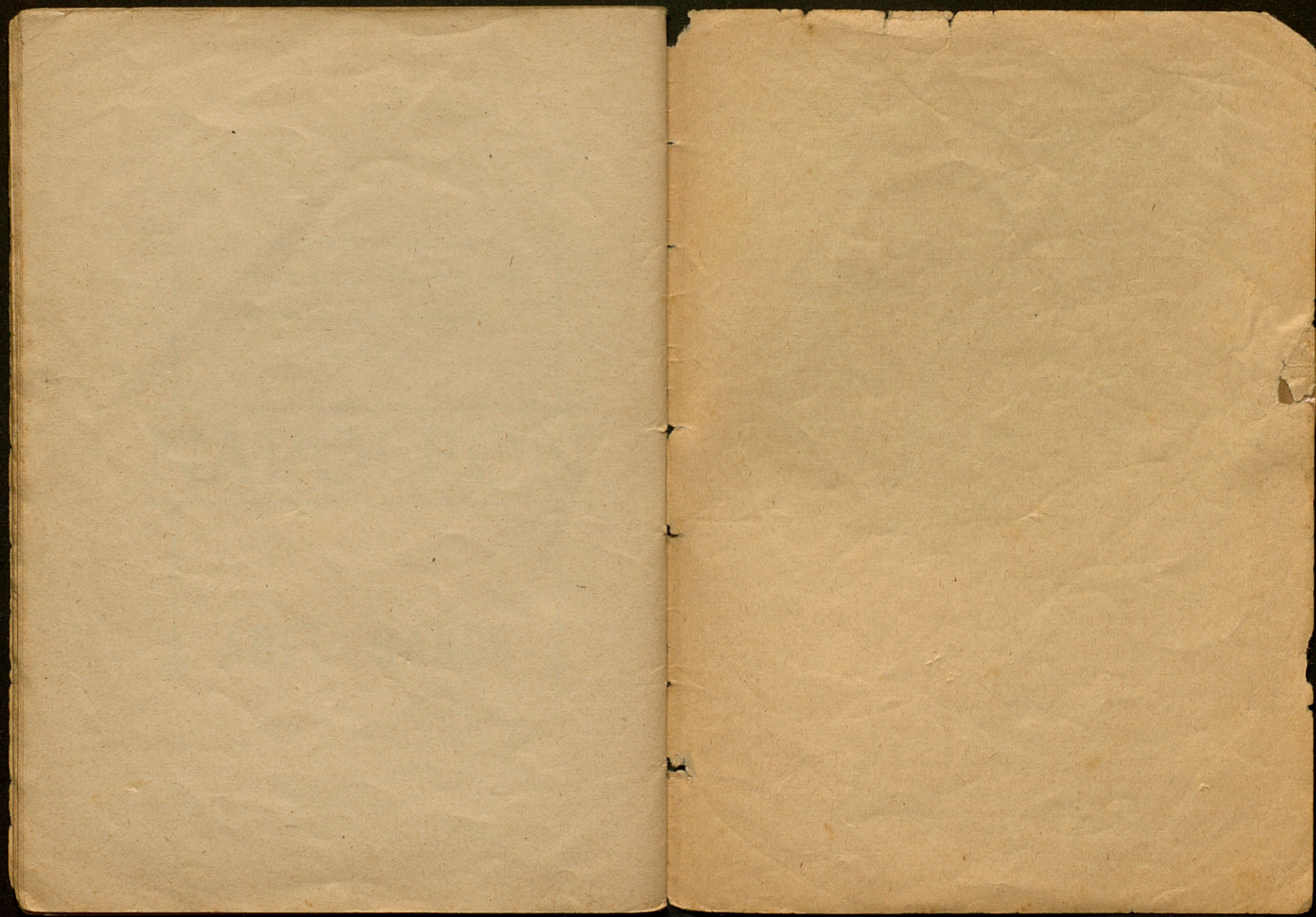
F I N

Muy pronto un número
extraordinario con la más grande
de las películas realizadas
hasta hoy

NAPOLEON

por

ABEL GANCE



FIGURINES DE MODAS



Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

PRECIO	TÍTULO	Fecha de Publicación
20'—	Album de bal	Noviembre
5'—	La lingerie parisienne	"
1'50	Lingerie et broderie	"
5'—	Album travestis	Diciembre
5'—	Robes lingerie et robes brodées	Abril
5'—	Blouses artistiques	Trimestral
25'—	Grandes créations	"
5'—	Les chapeaux modernes	"
1'50	Weldon's catalogue	"
1'50	Weldon's ladies journal	Mensual
1'25	Weldon's children	"
3'50	La mode de Paris	Marzo y Sepbre.
4'50	Elite	"
3'50	Manteaux et costumes de promenade	"
3'50	Modes d'enfants	"
1'50	Ultima elegancia	Mensual
3'50	L'idéal parisien	"
4'—	Paris chic	"
4'—	Le chic	"
4'50	Le grand chic	"
4'—	Très chic	Id., excepto junio y julio
6'—	New ladies fashions	8 veces al año
5'—	La mode qui viendra	18 veces al año

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial, Barbará, 15. Apartado 925—Barcelona**